EL MANTO Y LA CORONA
[1958]

Rubén Bonifaz Nuño

Aquí debería estar tu nombre

1

Cada día levanto,
entre mi corazón y el sufrimiento
que tú sabes hacer, una delgada
pared, un muro simple.
Con trabajo solícito,
con material de paz, con silenciosos
bienamados instantes, alzo un muro
que rompes cada día.

No estás para saberlo. Cuando a solas
camino, cuando nadie
puede mirarme, pienso en ti; y entonces
algo me das, sin tú saberlo, tuyo.
Y el amor me acongoja,
me lleva de tu mano a ser de nuevo
el discípulo fiel de la amargura,
cuando desesperadamente trato
de estar alegre.

Porque soy hombre aguanto sin quejarme
que la vida me pese;
porque soy hombre, puedo. He conseguido
que ni tú misma sepas
que estoy quebrado en dos, que disimulo;
que no soy yo quien habla con las gentes,
que mis dientes se ríen por su cuenta
mientras estoy, aquí detrás, llorando.

Yo sé que inútilmente
me defiendo de ti; que sin trabajo
me tomas por la fuerza, o me sobornas
con tu sola presencia. Estoy vencido.
Ni siquiera podrías evitarlo.
Hasta en mi contra, estoy de parte tuya:
soy tu aliado mejor cuando me hieres.

2

Cuando coses tu ropa,
cuando en tu casa bordas, inclinándote
muy adentro de ti, mientras la plancha
se calienta en la mesa,
y parece que sólo te preocupas
por el color de un hilo, por el grueso
de una aguja, ¿en qué piensas? ¿Qué invisibles
presencias te recorren, que te vuelven,
más que nunca, intocable?

Como una lumbre quieta
tu corazón se enciende y te acompaña,
y hace que el mundo necesite
de las cosas que haces.

Mi voluntad, mi sangre, mis deseos
comienzan hoy a darse cuenta:
en todo lo que haces, se descubre
un secreto, se aclara una respuesta,
una sombra se explica.

Qué simple he sido, amiga; yo pensaba,
antes de amarte, que te conocía.
No era verdad. Comprendo. Antes de amarte
ni siquiera te vi; no vi siquiera
lo que estaba en mis ojos: que tenías
una luz y un dolor, y una belleza
que no era de este mundo.

Y porque lo comprendo, porque sufro,
porque estoy solo, y vives, dócilmente
hoy aprendo a mirarte, a estar contigo;
a saber deslumbrarme,
crédulo, humilde, abierto, ante el milagro
de mirarte subir una escalera
o cruzar una calle.

3

Hoy recibí algo tuyo: unas palabras
que al mismo tiempo nacen
del lugar apartado que visitas,
y de la más cercana
felicidad con que me ocupas.

Me dices solamente:
"Llegué bien. No lo olvido. Lo acompaño",
y firmas con tu nombre.

Así que no estoy muerto; que respiro
en algún sitio de tu pensamiento;
que una parte tan sólo

de mí se quedó en México, escribiéndote,
mientras que lo que soy de verdadero
está contigo en calles, en jardines.

Invisible camino al lado tuyo,
con los ojos cerrados, esperando
que tú me cuentes lo que miras
para verlo también; quiero mirarlo
para poder, dentro de mucho tiempo,
decirte alguna vez: "¿te acuerdas
de aquel viaje que hicimos?"

Quiero, además, contarte
que aquí también me estás acompañando;
que tan concretos y evidentes
como el lugar en el que aquí descansas,
como la ropa tuya que dejaste
colgada en una percha, están conmigo
tu voz, tus ojos buenos, tu deseo
de hacer el bien. Poblados se me alumbran,
con tu esperanza, el sueño y la vigilia.

Porque tú lo mandaste al despedirnos,
porque soy cosa tuya, he procurado
no sufrir. He querido que no sientas
ningún dolor por causa mía
en este dedo chico de tu mano
que es hoy mi corazón. Porque te quiero
te digo: "No he sufrido."

Dejo ya de escribirte
para seguir pensando en ti. Comienzo
a tratarte de "usted" en mi memoria.
Usted no me ha olvidado;
Yo la estoy esperando. Usted lo sabe.

4

Aunque estés lejos, aunque pienses
que estás viviendo a solas,
siempre que formas o que rompes algo,
cuando algo modificas en las cosas
que te cercan a diario, y al hacerlo
sientes que estás abandonada,
que no hay nadie en tu mundo transformado,
no padeces tú sola. Estoy contigo.

Trabajo tuyo y mío
es abrir las ventanas, las opacas
paredes, asomarnos a las cosas,
y no quedar en paz, no ser felices
mientras haya tristeza, mientras haya
algo que no esté hecho, mientras llore
sentado en una calle, entre las gentes,
un perro abandonado.

De tanto darse en vano, está dolido
tu corazón que sigue dándose.
Todo lo que tú eres, lo que amas,
crece en tu corazón, y lo desborda, y se despeña
de tus manos abiertas.

Pero no das en vano ya; recibo
lo que dejas caer. Tu desventura
ya no es completa desde que te amo.

Reina desamparada,
señora de las dádivas perdidas:

porque te necesito te hago falta.
Tu soledad no es sólo tuya, es nuestra;
porque te das existo,
y solidariamente respondemos
de la suerte del mundo.

5

Como ya nada puedo
imaginar por mí —claro, entre luces
estoy viviendo, y el amor me agobia,
me emborracha, me enferma—,
quiero decir tan solamente
lo que me has enseñado, los secretos
que en mí vas alumbrando,
las pequeñas verdades que levantas
sobre mi viejo tiempo de ceniza.

Por ejemplo, de golpe me enseñaste
que hay muchas cosas mías en el mundo;
que soy rico. Que tengo en todas partes
lugares que, por ti, me pertenecen;
lugares, fechas, luces, que he tomado
sencillamente, porque en ellos
he pasado contigo,
y en ellos te has quedado para siempre.

Nunca pensé que hubiera tanta parte
de mi ternura en cosas, en momentos
que están y pasan cerca, a todas horas.

Hoy, por ti, me conmueven
las canciones de amor de un limosnero
que canta en el camión al que he subido,
y son tesoros míos incomparables
un cabello robado, un recordado
perfume, unas palabras, un pañuelo
con pintura de labios.

Me has enseñado que soy joven;
que puedo, sin temor, verte a los ojos
o besarte delante de las gentes.

Me tengo que reír con toda el alma
cuando recuerdo mi tristeza.
Hoy lo sé: soy alegre.
Me contentan el ruido y el silencio,
las noches me contentan y los días,
la voz, el cuerpo, el alma, me contentan.

Cuando me he despedido
de ti, después de un día de tenerte,
y camino de gusto por las calles,
ay, cómo compadezco
a los que tú no amas, que no saben.
Y me dan ganas de abrazarlos
a todos, de gritarles que la vida
es buena; que tú vives, que debemos
obligatoriamente ser felices.
O de echarme en el suelo, boca arriba
con los ojos cerrados,
y cuando alguno llegue a preguntarme
si algo me pasa, contestar: "Es sólo
que soy feliz porque la quiero."

Y tú, que tanto tiempo me ocultaste
lo que era yo, al sentirme
pensarás que soy bueno o que estoy loco,
y desde cerca o desde lejos
me mirarás compadecida,
y sonreirás tendiéndome la mano.

6

Nadie querría ver dos veces
la silla en que te sientas, porque nadie
la mira como es: alta, clarísima;
sustentada a la sombra
de una corona límpida de oro.

Tú desde allí, asistida
por las virtudes teologales,
miras bullir en torno, enamorada
tú misma para siempre
del mundo amante que quisieras,
miras bullir en torno tuyo
tu corte de mendigos desdeñosos.
Y los llamas. Y sufres.

¿Por qué tú sola encuentras
esa pared cerrada a tu deseo
de repartirte en todos y sin límites?
¿Por qué tú sola, abandonada?

¿Y qué milagro hizo que en medio
de tantos ojos, frente a ti, cerrados,
abriera yo los ojos?

Mi dicha es ésta, reina triste:
yo soy el testimonio
de tu existencia verdadera.

Sólo yo he merecido
estar contigo, ser tu voz, tu mano,
tu embajador, tu ejército, tu espada;
el que canta tu gloria.
Soy el que te defiende,
que es tuyo frente a todos, que te sigue
a pleno orgullo, frente a todos,
y te ama callándose, en secreto.

7

Si comparado con mi amor, que nace,
me voy quedando chico,
¿qué soy junto al amor que tú me tienes?

Igual que una palabra
que cercan otras muchas en un libro,
soy entre lo que dices;
entre lo que tú piensas,
como un olor de anís en un armario;
como barca mecida, circundada
por agua y viento inalterables,
circundada y tranquila, alegre y dócil,
estoy en lo que haces.

Y tus palabras y tus pensamientos
y tus hechos, me prestan un sentido
y un pasado y un rumbo.

Náufrago, roto, enronquecido,
encendí mis hogueras en la orilla
más alta, sobre el mar, y tú las viste
al pasar, desde lejos, y llegaste
y curaste mi sed, fuiste a mis llagas,
arropaste mi frío,
y me guardaste inerme y consolado
sobre tu corazón.
Allí en silencio,
mientras mi amor en vela te contempla,
he tocado tu amor y estoy dormido.

8

Centímetro a centímetro
—piel, cabello, ternura, olor, palabras—
mi amor te va tocando.

Voy descubriendo a diario, convenciéndome
de que estás junto a mí; de que es posible
y cierto; que no eres,
ya, la felicidad imaginada,
sino la dicha permanente,
hallada, concretísima; el abierto
aire total en que me pierdo y gano.

Y después, qué delicia
la de ponerme lejos nuevamente.
Mirarte como antes
y llamarte de "usted", para que sientas

que no es verdad que te haya conseguido;
que sigues siendo tú, la inalcanzada;
que hay muchas cosas tuyas
que no puedo tener.

Qué delicia delgada, incomprensible,
la de verte de lejos,
y soportar los golpes de alegría
que de mi corazón ascienden
al acercarse a ti por vez primera;
siempre por vez primera, a cada instante.

Y al mismo tiempo, así, juego a perderte
y a descubrirte, y sé que te descubro
siempre mejor de como te he perdido.

Es como si dijeras:
"Cuenta hasta diez, y búscame", y a oscuras
yo empezara a buscarte, y torpemente
te preguntara: "¿Estás allí?", y salieras
riendo del escondite,
tú misma, sí, en el fondo; pero envuelta
en una luz distinta, en un aroma
nuevo, con un vestido diferente.

9

Hasta más no poder estoy colmado
con cada cosa tuya. Soy el sitio
al que llegas a diario a visitarte;
a encontrarte contigo;

a preguntarte cómo amaneciste;
a platicar, contigo, de tus cosas.

El sitio en que te miras,
cantas, ríes, estás a todas horas;
una y muchas a un tiempo;
tú misma muchas veces,
multiplicada como en una alcoba
con paredes de espejos.

Ya no pretendo ser yo mismo
para que tú me veas;
estoy contento así, me he contentado
con ser tu mensajero,
tu traductor, tu intérprete;
el que toma al dictado lo que dices
para guardarte inalterada.

Con mirarme a la cara, alguien podría
saber si estás alegre o triste.

Esta mañana,
como tu voz y tu silencio eran
todo lo que escuchaba; como habías
dejado en mí una lumbre y un secreto,
quise escribirte las palabras
que escuchas que te leo.
Ya las conoces: son palabras tuyas.

10

Siempre que digo "hoy", en lo más hondo
de mí nace una lenta

lumbre, una dolorosa boca triste
que me dice gimiendo
que te he perdido ayer. Que te he perdido.

Y en pensamiento corro a los lugares
donde pudiera hallarte,
y no estás en ninguno: están vacíos
o tomados por gente que me mira
con extrañados ojos compasivos;
que me mira con lástima, en secreto.

Es de noche. La luz en las ventanas
habla de gentes cálidas, reunidas;
hombres y niños y mujeres
a salvo de este viento, de este duro
hielo que me sofoca.
Y yo estoy detenido ante una casa
de ventanas oscuras. Está en sombras
la ventana que amo.
Inútilmente espero. Ya te fuiste.

Si yo hubiera sabido
que decías "adiós" al despedirte
ayer, cuando dijiste "hasta mañana",
qué diferente hubiera sido todo;
qué voz hubiera entonces descubierto
para decir tu nombre,
para encerrarte en las palabras mías
más humildes y fuertes
y ricas y necesitadas.

Tú no te hubieras ido
si me hubieras dejado que dijera
que el alma se me cierra, que me duele
cada gota de sangre

cuando te vas. Si yo te hubiera dicho
que no vivo, que nada, que la noche,
o, simplemente, que te quiero.

¿Por qué no le dijiste a mi ceguera
que era el último día?

Pienso que hoy no he de verte,
y una desorbitada pesadumbre
se me agrupa en los hombros, me desnuda
de todo lo que, estando, me regalas.

Y cuando llegas otra vez, y rompes
mis cárceles de agujas incendiadas,
mi soledad de agujas frías,
y me ocupas de nuevo
como a tu misma casa cuando vuelves
de hacer tus compras, tu trabajo,
entonces vuelvo a ser, y te contemplo,
y soy el vaso que se colma
de esa felicidad paciente y simple,
verdadera y creciente
y tan honda, que puedes confundirla
siempre con la tristeza.

11

Qué absurdo, qué imposible
pensar en una casa quieta.
Una casa que quiere ser alegre.
Y yo con un periódico, leyendo,
sin mirarte, tapándome, sin verte
mientras desayunamos.

O imaginarte en un mercado,
pesada, densa, sola,
con ocho meses ya de embarazada,
quejándote del precio
de las papas que compras, con que tienes
que hacerme la comida.

O desolada entre cuatro paredes
—mientras estoy en la oficina—,
tendiéndome una cama
habitual, sin sentido, que no quieres.

Y tú, que hoy te concedes como un lujo
coser un calcetín, una faldilla,
remendarás entonces pobremente,
obligatoriamente, oscura,
mi ropa vieja; lavarás los trapos
sucios que yo me quite,
y cantarás en voz muy baja
una canción que todos olvidaron.

Anudarás de dicha tu garganta
al oír al cartero
que pasa enfrente, por la calle,
porque de él sólo esperas lo que esperas:
una carta lejana
de alguien que acaso nunca conociste.

¿En dónde, dime, entonces
esconderías el amor, tu orgullo
de estar perdidamente loca,
tu corazón infatigable,
tu corona de llamas, tu costumbre
de estar haciendo luz a todas horas?

Pobre de mí que a veces he pensado,
que muchas veces he querido,
fabricarte una jaula
con mi ternura, mi dolor, mis celos,
y tenerte y guardarte allí, segura,
lejos de todo, mía
como una cosa, tierna y desdichada.

12

Tan parecido todo,
tan iguales por fuera a las de ahora
serán las cosas ese día,
que pensaré un momento
que no hay lugar para el dolor. Que nada
ha podido herir nada en este mundo
tan trabajosamente conseguido;
edificado con el peso de tanta dicha,
fundado en torno solamente
de ti, para ti sola, por ti sólo,
sobre cimientos tuyos fabricado.
Pero tú no estarás entonces.

Y desde el centro
de tu lugar vacío, desde todo,
crecerá el sufrimiento insoportable
que hoy imagino nada más. Del techo,
de las paredes,
de las tablas del piso de mi cuarto,
desde todos los cuartos,
de todos los rincones de las casas

todas, desde la tierra, desde el cielo,
brotará, como el humo
de un incendio escondido, como el aire
mismo que se pudriera,
todo el dolor. Y no habrá sitio que no duela,
porque el dolor ocupará tu sitio.

Desde hace mucho tiempo
conozco el sufrimiento que tú causas:
grande como la dicha que me has dado
será el que me regales.

Entonces, carcomido yo por dentro,
mordido, atroz, deshilachado,
seré una bolsa de pellejo
llena de hiel, de dientes, de cansancio;
una bolsa risible, con miradas
que recuerden las mías;
con palabras inútiles, silencios;
con movimientos, pasos.

Si tú piensas en mí, si tú me buscas
alguna vez, podrás hallarme
hundido, huyendo de la sombra
de cuanto pueda recordarte.

13

Por vez primera, desde que te amo,
sentí que me dejabas.
Con qué seguridad definitiva
me hiciste ver que más que todos
estabas tú remota.

Y el dolor me caló de una manera
que no podré decirte.
De tu mirada inconvencible
me cayó la amargura como un traje
puesto a raíz, cortado a mi medida,
hecho de espinas hacia adentro.

Y no era tiempo de pedirte
ni de ofrecer. Tú sola lo tenías
juzgado todo, y castigabas.
Ay, mis brazos inútiles, inútiles;
mi corazón a tientas, mis recuerdos.

Y no tuve más cosa
que hacer, que conocerme desvalido
totalmente, y tratar de que no vieras
ni mi necesidad de abandonado
ni mis ojos humildes
de perro herido que se esconde.

Y todo en mí se quedó inmóvil,
ciego sin esperanza
oscuramente odiándome,
porque tú lo decías, y era cierto
que estaba solo, porque lo decías,
y decías lo amargo y sin remedio.

14

Fundado sobre piedra,
sólidamente firme, colocado
en tu amor, me he sentido.

Encontré los cimientos
en ti del corazón; hallé el camino
para hallar el camino que buscaba,
y toda tú de puertas claras fuiste,
de luces entrevistas,
de agitadas antorchas en la ciega
sombra, en las amenazas de la noche.

Pero de pronto —¿dos o tres, o cuántos
meses pasaron?— sin saber de dónde
viene cerrada contra mí una mano;
viene una mano armada
contra mí, que se mete
dentro de mí, me parte, me revienta.

Y el aire se me vuelve
aire de últimos días; tus palabras
suenan, cansadas, a palabras últimas;
como tus últimas miradas, estas
breves miradas son con que me miras.

Y yo remonto apresurado,
nadador impotente, enfurecido,
la corriente del tiempo,
para buscar los días como joyas
que alguna vez miramos como eternos,
y alumbrarme con ellos, regresarlos,
dártelos nuevamente, y que tú sientas
que todo empieza aquí; que este momento
es el primero; que no me conoces;
que quieres, todavía, conocerme.

Todo lo que era mío se transforma
en ademán de adiós; todo le grita

a mis oídos sordos
lo que no quieren escuchar: que nada
podrá alcanzarte nunca;
que nunca nada tuvo lazos
capaces de ligarte.

¿Qué voy a hacer si no me quieres,
si nada sé mirar, si no comprendo;
qué voy a hacer conmigo,
qué voy a hacer, si los hombres no lloran?

Dicen que dando lástima, se logra
conseguir el amor. Si yo entre lágrimas
te enseñara que sufro, que me dueles,
algo, tal vez, podría.

Pero quiero decírtelo:
Yo no voy a llorar ni a lamentarme.
Como nadie sabrá que me has querido,
nadie sabrá que me dejaste.

Sólo tú y yo conoceremos esto:
que he sido el orgulloso,
el amador feliz, correspondido.

El que contigo estuvo
como si fuera igual que tú. Contigo.
Que he sido, que seré el que amargamente,
para no traicionarse en tu memoria,
vio que te ibas, supo que te ibas;
pero no te pidió como cualquiera.

Y sólo yo sabré que hubiera sido
cabalmente dichoso

con cualquier cosa que me dieras;
que era mentira
que te necesitara toda;
que cualquier cosa tuya,
por pequeña que fuera, siendo tuya...
Y que, por no tenerla, estoy muriendo.

15

Por este lado estoy tranquilo:
cuando por torpe o triste o por cansado,
nada pueda decirte,
te enseñaré un poeta muerto
que desde mí te cante
claramente, fielmente, alegremente,
lo que soy, lo que tengo, lo que es tuyo.

En otro tiempo dije muchas cosas
del amor; eran falsas
unas, otras tan ciertas
como si ya te hubiera conocido.

Bien lo sé: tú no quieres esas cosas;
no tomas para ti lo que fue escrito
antes de que vinieras.

Pero piensa que todo
lo que no he dicho es solamente tuyo;
que he despertado
de un sueño largo, oscuro, y que me encuentro
contigo en todas partes, que me nacen

silencios y palabras ordenados
que iré copiando cuidadosamente
para decirte que te quiero.

Y tú sabrás a ciegas que son tuyos
—palabras y silencios— porque en ellos
te mirarás ahora; en lo que digan
ya no habrá soledad ni desamparo,
y será la tristeza una palabra,
no más, que se recuerde.

16

Amiga a la que amo: no envejezcas.
Que se detenga el tiempo sin tocarte;
que no te quite el manto
de la perfecta juventud. Inmóvil
junto a tu cuerpo de muchacha dulce
quede, al hallarte, el tiempo.

Si tu hermosura ha sido
la llave del amor, si tu hermosura
con el amor me ha dado
la certidumbre de la dicha,
la compañía sin dolor, el vuelo,
guárdate hermosa, joven siempre.

No quiero ni pensar lo que tendría
de soledad mi corazón necesitado,
si la vejez dañina, perjuiciosa

cargara en ti la mano,
y mordiera tu piel, desvencijara
tus dientes, y la música
que mueves, al moverte, deshiciera.

Guárdame siempre en la delicia
de tus dientes parejos, de tus ojos,
de tus olores buenos,
de tus abrazos que me enseñas
cuando a solas conmigo te has quedado
desnuda toda, en sombras,
sin más luz que la tuya,
porque tu cuerpo alumbra cuando amas,
más tierna tú que las pequeñas flores
con que te adorno a veces.

Guárdame en la alegría de mirarte
ir y venir en ritmo, caminando
y, al caminar, meciéndote
como si regresaras de la llave del agua
llevando un cántaro en el hombro.

Y cuando me haga viejo,
y engorde y quede calvo, no te apiades
de mis ojos hinchados, de mis dientes
postizos, de las canas que me salgan
por la nariz. Aléjame,
no te apiades, destiérrame, te pido;
hermosa entonces, joven como ahora,
no me ames; recuérdame
tal como fui al cantarte, cuando era
yo tu voz y tu escudo,
y estabas sola, y te sirvió mi mano.

17

¿Qué dicha extraña, nunca vista, nunca
pensada, de tan grande,
ocupará las horas de este día?

Mientras vienes, escribo;
me preparo, escribiendo, a recibirte.
Cuanto más tiempo tardas, es más ávido
el acto de esperarte, y más heridos,
más impacientes, los momentos.

Yo no sé qué belleza
alumbras, cuando llegas, en las cosas
usuales, vistas, despreciadas.

Siempre en torno de ti, cuando apareces,
se aglomera una simple
belleza, una belleza que dormía
en los objetos mismos, aguardándote.

Eso me da esperanzas:
quizá dentro de mí también existe
una llama dormida, una hermosura
desordenada que hallará sentido
con la señal más breve de tu mano.

Qué poblada de dicha
debes estar, pues así la derramas.
Si no hay nada que toques en que algo
no surja destellando gozo,
queriendo hacerse tuyo, mereciéndote.

Abre mi corazón sus puertas
para que pases sin llamar. Ahora
cierro los ojos y pido que llegues.
Que llegues para siempre y me acompañes.

18

He detenido la respiración
para sentir si tú respiras.

A la vez has quedado tan presente y lejana.
Eterna casi.
Fuera del tiempo, sola, sin moverte.

Y me llenó el terror incontenible
de que te hubieras ido;
de que te hubieras muerto en sueños,
y me hubieras dejado entre los brazos
sólo una imagen clara,
un simulacro tibio, una perfecta
máscara tuya con los ojos cerrados.

Pero aquí está de nuevo
como una flor brotando, como el alma
de una rama florida,
dulce, otra vez tu aliento dulce.

Y en medio de un placer que de tan tierno
me acongoja,
de un sobresalto que me empequeñece,
de una paz en tumulto que me ahoga,

vuelvo a ser, y te miro.
Vives. Estás dormida.

*

Un temor sin objeto,
una sorpresa temerosa
te toma de repente, te sacude
desde los pies hasta la nuca.

¿Oyes, acaso, en sueños,
que te busca una voz desamparada;
sientes, durmiendo, que no es justo
que tú descanses, mientras alguien
trabaja, mientras alguien se consume
de enfermedad, mientras alguno,
que tú pudiste amar, está muriendo?

Afuera todo sigue pareciendo
desesperadamente sin sentido;
lo comprende, convulso,
tu corazón amenazado.

Y quisieras correr compadecida,
temblorosa, quemándote
de caridad y de esperanza
y de fe, y recibir el sufrimiento
de todos en tus brazos débiles,
y con tu manto lleno de agujeros
cobijarnos a todos.

Y tu mano se mueve,
y un sonido agitado, una palabra

a medias, el principio de un gemido
cruza tus dientes. ¿Has llamado?

*

Nuevamente el silencio
—nube exacta cubriéndote,
no traspasable atmósfera invisible—
te ciñe y te separa.

¿Caminas qué caminos,
qué atardecida fuente bebes,
qué interiores, pacíficos espejos
abre tu propia luz, en que te miras;
en qué oro relumbras engarzada?

Sobre tu sueño flotas
como en lago de aceite; nada existe
fuera de la quietud que te conduce.

Y como un puente milagroso,
tan tenue como el júbilo más tenue,
tan pensativo como un niño,
un movimiento acompasado
pliega las comisuras de tu boca.

*

Todo está bien ahora. Firme
como de piedra sobre piedra, el mundo.

Responsable en tu paz, te sientes
ligada y libre, solidaria.

Comprendes la desdicha,
amas la dicha humilde de las gentes.

Estás de juegos inocentes,
de amable amor, de alegres voces
humanas, de ternura simple
invadida y cercada.

Y no sabes si el aire es una playa,
si eres feliz porque cumpliste
los quehaceres del alma diarios;
porque recién lavada brilla
—cada parte en su sitio—
tu facultad de regalar el gozo;
o porque eres hermosa;
o si la primavera...

Algo, que alumbra todo, se refleja,
grave de consecuencias dulces,
en tu semisonrisa.

Todo está en orden; cada cosa
arreglada a su fin. Tan necesario
es tu mínimo gesto, como el acto
de entreabrir una puerta.

*

Porque yo estuve solo
quiero pensar que tú estuviste sola.
Que no te fuiste, que dormías.
Que me dejaste sin dejarme,
y me necesitabas
para poder estar contenta.

De cualquier modo, he recobrado
mi lugar en el mundo: regresaste,
te volviste accesible.

Me devuelves el tiempo,
el dolor, los caminos, la alegría,
la voz, el cuerpo, el alma,
y la vida y la muerte, y lo que vive
más allá de la muerte.

Me lo devuelves todo
encarcelado en la apariencia
de una mujer, tú misma, a la que amo.

Volviste poco a poco, despertaste,
y no te sorprendiste
de encontrarme contigo.

Y casi pude ver el último
peldaño del secreto que subías
al dormir, pues abriste
—muy despacio, muy plácidos— tus ojos
adentro de mis ojos que velaban.

19

Yo no quiero perderte; yo no quiero
que por mi causa se deshaga
ni la parte más débil o pequeña
de lo que sola, para mí, construyes;
yo no quiero hacer guerra.

Y sin embargo, muchas veces
a mano armada llego
contra mi corazón, y me derramo
en la sangre la hiel, hasta morirme;

y odiándome hasta el fondo
llamo a mis fuerzas, y convierto
tu placer en rencor; en amargado
silencio, tus palabras.
Mi escalera que sube,
mi ansiosa voz, mi boca que te llama,
en clavo ardiendo, piedras,
risa de dientes enemigos.

Y quiebro el vaso que me ofreces
y me quemo de sed, mientras el agua
—inútil ya— burlándome, ofendida,
se derrama, se mancha, se atormenta.

Entonces, asomándose
por las rendijas de la puerta,
puede alegrarse el diablo.

Si con mi amor te daño,
¿cómo puedes querer que yo te ame?
Miro mi culpa y la confieso,
¿y qué me vale confesar mi culpa?
En ti, ¿qué herida cierro, con hacerlo,
de las que abrí? Y si acaso
puedo cerrar alguna,
¿cómo pedir que me perdones
las cicatrices que en tu amor he puesto?

Mi corazón, que siento
como fruta comida de gusanos,

no quiere herir, y daña;
quiere alegrarte, y te entristece;
tiembla buscándote,
y te pierde, te hostiga, te enajena.

20

Lentamente has llegado
a donde estás. Sin ropas. Aquietada.

Como un jarabe irremediable,
paciente y manso, entimismado, oscuro,
te colma tu deleite.

Y tu alma y tu cuerpo entremezclados
toman su exacto sitio; hueles, tocas,
oyes, miras entonces,
y encuentras el sabor también, y callas.

Y todo se te entrega, y en tu mano
reposa el mundo como una manzana,
y eres, al fin, dueña y señora,
inatacable ya, de lo que existe.

Desde antes de nacer estabas hecha
para ser contemplada.
Horas enteras, días, años,
desnuda, contemplada, comprendida.

País de luna, territorio
de leche y miel y sombra,
eras tú, sin saber; ciudad en tiernas

lumbres de gozo, inconquistada;
cerrada alcoba en el olvido,
cofre de siete llaves, inviolado;
almendra dura: cáscara de espinas
y corazón de azúcar.

El amor ha podido conquistarte,
abrirte, hacerte tuya,
descubrirte el placer, darte la rosa
de inagotables pétalos vencidos.

Y al amor has podido
—entregándote, amando, consintiendo—
vencer, tú, la vencida, la entregada.

Lo hiciste cosa tuya, tu instrumento
de poder, tu corona, tu bandera
ya para siempre victoriosa.

21

¿Qué soledad hiriente, qué finísima
desolación te ciñe a veces, dura,
que me puebla de un simple, doloroso
temblor; de un evidente miedo?

Cuando la noche es más solemne y ciega,
cuando en tu cuerpo he conseguido
que despierte el amor, y pliegue a pliegue,
pétalo a pétalo,

poro a poro te extiendes, y el deseo
tiembla bajo tu piel, sin que lo quieras,
se hace visible y brilla;

cuando más blanda estás, cuando más cerca,
entonces algo, alguno,
alguien a quien no miro te recubre
de pronto de una exacta
cutícula de espanto,
de una piel transparente que no es tuya.
Como si el aire mismo,
tu capullo de atmósfera, cerrándose,
de mí te defendiera.

Y no es el miedo de que tú te vayas
el que siento, ni el miedo de tenerte;
mira: cuando te quiero
yo no puedo pensar en que más tarde
tú podrás no quererme o querrás irte.

Cuando te quiero, cuando estás, no queda
en mí lugar vacío, no permites
que piense en otra cosa;
ni en el dolor, ni en la amargura,
ni en la fuga del tiempo irreparable.

No. Lo que es mi enemigo
es algo que está fuera de nosotros;
es algo que te tuvo y que no quiere
perderte, que te grita, que se agarra
de ti, desesperado, y me combate.

Pero mi amor no existe inútilmente.

22

Tal vez porque te pierdo; porque cada
momento, al acabarse, me conduce,
infalible me acerca
a morir, a perderte, a que me olvides.

Tal vez porque al hablarte estoy hablando,
sin querer darme cuenta,
con alguien que no es, que ya no tiene
nada que ver conmigo.

Tal vez porque me dejas, me atosiga
el amor como nunca; y entra y sale
en mí, de mí, como si fuera
casa, yo, sin paredes; indefenso
lugar expuesto y entregado
al primero que pasa; predio oscuro
sin comprador, en venta.

Guiado por el amor, el sufrimiento
me visita. Curiosamente
hurga por todos los rincones;
nada respeta en mí, lo mira todo.

Y yo, con la garganta
apretada, sin aire; con la boca
sin palabras, reseca; con el peso
del corazón sudando frío,
pienso en ti.

Nunca creí que amar doliera tanto.

Estoy en la miseria, me revuelco
como el pez en la arena, en la imposible
proximidad del mar que creyó suyo.

Como el pez en la arena,
fuera de ti me encuentro: me sacaron.

Echado fui, corrido,
expulsado, cesado, descubierto.
Detrás de mí, en la puerta
que no se cierra todavía,
el relámpago siento de una espada,
incontrastable; pero injusta.

Y conmigo combato. Y no comprendo
si debo entre gemidos regresarme,
regresar a pedirte,
o si esconderme lejos,
en donde no me mire nadie,
a lamer mis heridas; esconderme
como un enfermo avergonzado,
con este amor que no perdona,
que yo no conocía,
que he buscado, y que tengo. Y que no puedo.

23

Todos te aman desde que te amo,
pero yo sólo tengo la alegría
de responder por ti. Yo sólo tengo
el poder de sufrir lo que te duele;

de tomar por mi cuenta
lo que engendran los hechos de tu vida.
Tengo mi gozo para construirte
y mi dolor para purificarte.

Nada puedes hacer con culpa tuya
porque yo estoy aquí; porque el culpable
soy yo, de lo que hiciste.

Y yo pago tus deudas,
que son más mías que mi muerte,
para que puedas tú seguir viviendo
tan inocente y clara
como al dejar la pila del bautismo.

¿Qué tengo, yo, si no mi amor, que pueda
merecer y alcanzar esta ventura?
Y el amor te lo debo. De tus manos
me llegó como el pan o como el aire.

De allí he tomado fuerzas
para alegrar tu corazón, dulzura
para aliviar tu vida,
y dolor para hacer que no lo sientas.

24

Es tan amargo, oscuro, pobre
lo que miro al dormir, que mentiría,
no sabes cuánto, si dijera que eres
la mujer de mis sueños.

Qué fragmentada imagen tuya,
qué parcial y sin forma la que puedo
soñar; la que me alcanza por las noches.
Tú serás para siempre
tú, la mujer de cuando estoy despierto.

No basta abrir los ojos. Es preciso
despertar más y más y más arriba
para poder sentirte. Porque mucho
se equivoca el que piensa que mi amada
es sólo la pequeña
mujer que va y que viene a todas partes,
y deja en todas partes
una menuda luz que no existía.
Mi amada, te lo digo, es otra cosa.

Bien despierto hay que estar para mirarte.
Para ver, al pasar, que estás vestida
con un manto real, en el que ocultas
tu incandescente soledad de lámpara,
y tu fuerza purísima, y el vuelo
de tus alas de pájaro encerrado.

Yo no quiero dormir para soñarte,
quiero aprender a despertar del todo.
A mirar lo que nadie, en ningún tiempo,
mirar en ti ha podido.
Lo que eres tú, lo solamente tuyo;
lo que vive detrás y por encima
de tu corteza clara.

Más allá de mis ojos, de mis cinco
sentidos, necesito estar despierto
para empezar a verte como eres.

25

Querida mía:
No estás aquí, mientras escribo.
Pero de tanto que te veo
se me nublan los ojos. Las orejas
de tanto que te escucho.
Y te toco, y te huelo, y te conozco.

Y como cuando estás presente,
ocupas el lugar de mis palabras
y de mis pensamientos,
y nada encuentro en mí para decirte
sino las cosas tuyas, conocidas,
las sabidas por ti cuando me quieres.

También por tu ventana
se asomará la primavera,
y en ti pondrá la mano. Sorprendida
tú de pronto, al sentirte tan viviente,
pensarás que estás triste, de tan alta
que tendrás la alegría; y en tu sangre
un brillo encontrarás, un salto
de agua despierta, un calofrío
que sin saber te llevará a sentirte
cerca de estar enferma.

Entonces, con la lengua tibia
te tocarás el paladar, los labios
mojarás tiernamente,
y te verás despacio con curioso
ademán de doncella, que se halla
por vez primera hermosa y sola.

Será el amor como tus brazos,
y con tus brazos buscarás a ciegas.

Ya se acerca tu tiempo, ya la hora
llega de amar, la de cerrar los ojos,
mientras se manchan
bajo los brazos los vestidos ligeros;
la de encontrar amable y nueva
tu materia sensual intransferible,
tu material de todopoderosa.

No es la tristeza lo que tienes,
no la fiebre o la sed lo que te aflige.
Del aire, desde el centro de tus huesos
nace, de todas partes, otra cosa.
Son el amor y mi esperanza.

26

Torpemente, pretendo
saber lo que tú piensas, lo que a solas,
cuando yo no te miro, va formándose
dentro de ti, llenándote de dulce
piedad, de oscuros, tiernos sentimientos.
Y torpemente sufro.

Sí. Lo sé. Mucha gente
padece; mucha gente está comida
por su debilidad y su miseria.
Y está bien, pues lo quieres, que su opaca
desventura te siga, y que te duela

ser feliz; que tu dicha,
como si la robaras, te avergüence.
¿Pero qué parte tuya, cuando sola
estás, a mí me queda?

Como hay gente pequeña,
como no puedo siempre estar contigo,
como has tenido que seguir viviendo
cuando yo no he sabido detenerte,
al hallarte de nuevo, al saludarte,
el miedo más horrible
me ocupa todo. Al preguntar: "¿qué has hecho?"
siento que estoy desnudo, que una llave
son esas tres palabras
que abre mi puerta a la desgracia.

Yo no quiero decirte
que soy capaz de padecer, que a veces
hasta el agua que bebo me lastima.

Disfrazo mi dolor, para decírtelo,
con palabras medidas más o menos
correctamente; y cuando me preguntas
si es dolor lo que miras
o si es literatura, yo me río;
puedo reír entonces, y callarme.

27

Después de muchos días
de no poder decirte nada;

de muchos días que alargaron
lentamente los minutos, las horas;
de muchos lentos días de no verte,
hoy te digo: "Aquí estoy; he regresado."

Quisiera imaginarme
que no nos separamos un momento;
que fuimos juntos, o que nos quedamos
juntos. Pero es mentira; me lo prueban
el dolor que me queda, la tristeza
que cierra en mí la mano todavía.

Hoy, cuando vengas, naceré de nuevo.
Aquí, al lugar donde te escribo,
llegarás respirando fuerte,
el corazón precipitado
de haber subido aprisa la escalera,
y toda tú dispuesta
como para un primer encuentro:
toda de abrazos nuevos y miradas.

Cuando pensaba en ti, que te movías
en otro mundo, a más de mil kilómetros,
y era mi corazón como una fuente
salobre, enferma, oscura, que asolaba
mis ojos y mi lengua,
con qué terror pensaba en no encontrarte
al volver; porque hubieras
conocido otras gentes, o dejado
que tu amor se dañara,
o porque me tuviste olvidado.

Pero vendrás ahora,
y sentiré que eres la misma

cuando me digas que te retrasaste
sin querer; cuando llegues
unos minutos tarde, sin quererlo;
sin darte cuenta, como de costumbre.

28

Lleno de compasión y celos,
he llegado a cegarme en el orgullo
de contemplar la púrpura y el oro
de tu fastuoso amor. He conocido
el lujo inagotable de tus ojos
a punto de cerrarse, el siempre nuevo
sabor de tu saliva, y el suntuoso
sabor que a nada sabe
sino a ti sola.

A conciencia he luchado
para darte placer.
Como el buzo que salva las lucientes
arcas de un barco sumergido,
he descubierto en ti la ardiente
luz de collares húmedos, coronas,
tiernos metales pálidos,
abiertas gemas increíbles,
fulgor de cetros claros
en los pliegues de sedas intachables.

Nada tenía yo, no pedí nada
—nada en amor puede pedirse—
y, así, me diste todo.

Me enriqueciste tú con el oriente
de tus pechos pequeños, con tus piernas
como lechos nupciales,
con tu gozo de reina embarazada
para siempre a salvo de la muerte.

Y he tenido en mis brazos, en mis ojos,
dócilmente entregados,
la gloria, el brillo, la belleza.

En mí, para mí solo, deslumbrado,
ciego de tanta lumbre.
Y el prodigio de todo ha sido mío.

29

El trabajo de amarte
como tú debes ser amada,
es el trabajo solamente mío.

Desde hace mucho tiempo,
cuando de niño, frente al miedo oscuro
de las noches, buscaba
una luz que se abriera
por encima de mí, que me mostrara
las riquezas colmadas del humano
calor; cuando sentía que las cosas
encerraban secretos que una mano
podría descubrirme,
me preparaba para amarte.

Y mis enfermedades, mi desdicha,
mi soledad que nada

conseguía quitar, ¿qué cosa fueron
si no lecciones duras
de amor, que me obligaban a buscarte?

Cuando sentí que estaba solo
supe que tú existías.

Supe de ti también por la segura
presencia dulce de mi madre.

Mis pasos, los primeros,
sin que nadie pudiera sospecharlo,
me llevaban a ti. Cada palabra
que mi boca aprendía,
me preparaba a pronunciar tu nombre.

Cuando jugaba estando solo
jugaba a estar contigo.

Detrás de cada gozo conseguido,
de cada sed saciada,
de cada esfuerzo pleno,
estabas esperándome tranquila.

Ya ves por qué te quiero bien ahora;
mi amor no es cosa nueva.
Como a la muerte, irremisiblemente,
desde el nacer te estaba destinado.

30

No pienses que soy otro
porque mi corazón ahora,
como un muchacho triste, está llorando.

No lo pienses. El mismo
soy; el que tú dejaste.

Abandonado, solo;
enemistado con mi cuerpo,
odiado por mi alma,
me fui, sin ti, quedando
cada vez más abierto y sin defensa.

Mi soledad, mi orgullo, ¿los recuerdas?,
ya de nada me sirven.
Desde que tú te fuiste —¿cuántos años
de infierno, cuántos siglos?—
no me defienden más.

Como fruta sin cáscara,
como ceniza en pie son solamente
cuando viene tu ausencia.

Cuando te retiraste, las paredes
se me fueron cayendo: cada hora,
cada minuto más, cada momento.

Ya ves, el mismo soy que está sufriendo
porque te quiere y no te encuentra,
porque recuerda y sabe,
porque no estás.

¿Por qué no soy, por qué no puedo
ser yo las gentes que allá lejos
te escuchan, sin saber quién eres;
que sin saber quién eres te acompañan,
que te preguntan, que te obligan
a que pienses en ellos,
a que vivas por ellos y me olvides?

¿Por qué no puedo ser tu mano,
tu dolor, tu vestido?

¿Y por qué no me deja la memoria
que te espere tranquilamente:
que me muera unos días
—sólo unos días— mientras vuelves?

Mi corazón, como un adolescente
que emborrachándose ha querido
librarse de sufrir, te está llamando.

Te dice que no puede, que no aguanta,
que si tú no me quieres.

Y una caída de desesperanza
desesperada, un grito que no suena
aparece de pronto
dentro de mí. Me lleva, me detiene
sin que yo pueda resistir. Te fuiste.

Pero no pienses que soy otro.
Debajo de este mundo oscuro
que me sepulta, atrás de esta dureza
que me tiene amarrado,
podrás hallarme si regresas.

31

Te lo digo en voz baja, en voz muy baja
para que las palabras no te duelan.

Yo no quiero sentirlo así: no quiero
sufrir por tantas cosas.

Es algo que me manda, es mi enemigo
más grande; el enemigo agazapado
en mi sangre, que chupa mis entrañas,
que las hincha de cólera, de miedo,
de aborrecibles mieles de violencia.

Cuando lo siento, siento frío:
ya no soy yo, ¿comprendes? Y quisiera
que no existiera nadie,
que a nadie conocieras, que ninguno
pudiera verte y saludarte.

Cada palabra entonces que no dices
para mí, cada simple pensamiento
que tienes dentro para otros,
es algo que me quitas.

Como si a manos llenas repartieras
sin mi permiso, contra mí, jugando,
mi solo bien, mi ser, el aire mío,
y me fueras dejando pobre
sin esperanza de pedirte nada.

Y soy como el mendigo principiante
que escondiera la mano cuando pasa
y lo saluda el rey que fue su amigo.

El enemigo duro, atroz, me obliga
a quererte completa; sola
para partir tu soledad; amarga
para poder volverte dulce; triste,
para hacer tu alegría.

Me fuerza a que te quiera mía sólo.
Y entonces —perdóname otra vez, te ruego—,
entonces me pregunto, ¿es mi enemigo?

32

Algunas veces, al mirarte,
un filo claro de ternura
me hiere agudamente, me divide,
abre mi corazón hasta las lágrimas.

Cuando te esfuerzas toda
por ser feliz y hacernos ser felices,
y mueves las sutiles herramientas
de la perfecta gracia.

Entonces, frente a la amargura,
frente al dolor que llevas, que llevamos,
conmueves como una solitaria
llama de veladora, que quisiera
calentarnos la noche.

Y la ternura nítida me obliga
a querer abrazarte, protegerte;
guardarte, por absurda y débil,
contra mi corazón; cubrirte
con mis manos, convirtiéndome
yo solo, al mismo tiempo,
en tu padre y tu madre y en tu hijo
mayor, el que te vela cuando duermes.

33

Mejor que nunca, hermosa
serías. Increíble, de tan bella.
Tierna y sin pensamientos; habitada
por alguien que construyes,
que edificas por dentro con tu misma
quietud; que te respira dulcemente
la sangre, que contigo
comparte el pan, el alma, la ternura.

Entonces, al oírte, el que no sepa
pensará que hablas sola.
Habrá en tus ojos defendidos,
inexpresivos de mirar hacia dentro,
un olvido en silencio
y una tristeza esperanzada.

Sentada muchas horas, protegida
por una lumbre transparente,
mientras tu vientre enorme se acomoda
sin pedirte permiso,
pesada y dulce sentirás que nada
fuera de ti tiene importancia,
y coserás y tejerás cantando.

Quién te besara entonces, necesaria,
inocente, bellísima, distante;
fundadora del mundo,
aliada de la vida, constructora.

Quién te mirara entonces
con tus vestidos flojos, aumentada;

poblada y quieta, inalcanzable,
mientras enamorada del que esperas,
tocada del misterio,
te das y te recibes, y te salvas.

34

Como no estamos solos en el mundo,
y miramos afuera, y nuestra isla
de amor está comunicada
por puentes incontables
con las necesidades, las tristezas,
el dolor de las gentes;
como te sientes reclamada
por una obligación más fuerte
que tu misma ventura,
ya no te basta que te diga,
o te cante o te llore que te quiero
para creerme que te quiero.

Me has pedido que piense
en combatir; que tome, por mi orgullo
y por tu amor, mi sitio,
mi lugar de soldado en la amargura
de los ejércitos humanos.

Porque te quiero y porque soy, te escucho;
y porque quiero ser porque te quiero.

Estoy aquí, diciéndote
que no he olvidado lo que debo;

y estoy contento, porque corro
mis riesgos junto a ti. Porque a mi izquierda
y a mi derecha estás luchando,
y porque sé que cuando vuelva
a descansar mis brazos, a cerrarme
las recientes heridas,
ya no será para estar solo.

- 32 -

El manto y la corona, 1958

Son signos reales de un reino universal metafísico, casi celeste. Una mujer de una belleza que yo juzgué perfecta. Muchas ocasiones le dije que era la mujer más perfecta del mundo; tanto en belleza como en espíritu. Y lo sentía de verdad en mi corazón. Era la mujer de uno de mis mejores amigos, y yo, sin darme cuenta, me fui enamorando de ella. Y a ella le pasó lo mismo conmigo. Así que de repente tuvimos que entrar en amores. Era una gran artista y tenía un grupo a su alrededor —a mi manera de ver— sirviendo e iluminando siempre. Y ellos no sabían lo que estaban recibiendo. Yo le dije alguna vez: "Miras bullir en torno tuyo tu turba de mendigos desdeñosos".

Porque los veía como mendigos que no se daban cuenta de lo que estaban recibiendo, de la perfección de aquella mujer. Con ella conocí lo mejor de la felicidad. Pero conocí también lo más hondo, lo más negro, lo más putrefacto del sufrimiento. Conocí las dos cosas a la vez. Posiblemente, la imagen de realeza metafísica no la tenía en realidad; tenía sus cualidades enormes y yo la veía asistida por las virtudes teologales: la fe y la esperanza y la caridad estaban en ella, la manifestación de eso ante el mundo. Pero nada puede ser así, de tal manera que me hizo sufrir mucho también. Todo eso está expresado en el libro: los momentos de felicidad y los de desgracia.

Habré durado un año en escribirlo, tal vez más. Dejé de escribirlo porque ella me dijo que ya eran muchos poemas de amor. Y entonces escribí lo último del libro diciendo que ya no era un poema de amor. Después siguió la relación; digamos, cambiada ya, durante toda la vida, hasta que ella murió.

Ésa es, en pocas palabras, la historia de *El manto y la corona*. Te digo una cosa, su nombre estaba efectivamente en la dedicatoria del libro, pero la cambié porque ella se casó. Cuando el libro ya estaba editándose, cambié la redacción de la dedicatoria.

Poeta, más que por los cuatro costados, por los cinco sentidos, Rubén Bonifaz Nuño (Córdoba, Veracruz, 1923) tiene la virtud de hallar la singularidad poética hasta en la realidad más áspera. En su obra muestra, presentados con un lirismo de muy alta calidad, los múltiples hilos efectivos con que se entreteje la vida del ser humano, y en este aspecto alcanza alturas literarias pocas veces entrevistas por el común de sus colegas.

Como traductor de textos latinos el trabajo de Bonifaz Nuño es de primerísimo orden, como también lo es el docente y de investigación que hasta la fecha ha realizado en la UNAM. La erudición que esto implica no ha sido estorbo, como es frecuente, para su labor creativa, según se desprende de la justa apreciación de Eduardo Lizalde: "su vasta obra de poeta y de traductor de la poesía latina ha sido posible gracias a un sentido de la poesía a la vez ascético y apasionado, reticente y desbordado. Para hacer una obra como la suya es necesario un infalible olfato estético y unas dotes extraordinarias de crítico y de cantor, un ángel consistente. No es otra la clave de esa pulsación deslumbrante que se siente correr por sus libros".

Este volumen contiene *El manto y la corona* (1958) y *La flama en el espejo* (1971), libros que ponen de relieve el notable talento lírico del autor y justifican plenamente las palabras de Ramón Xirau: "Creo que si algo nos salva, según puedo leerlo en la espléndida poesía de Rubén Bonifaz Nuño, es el amor."

UNAM CFE SEP